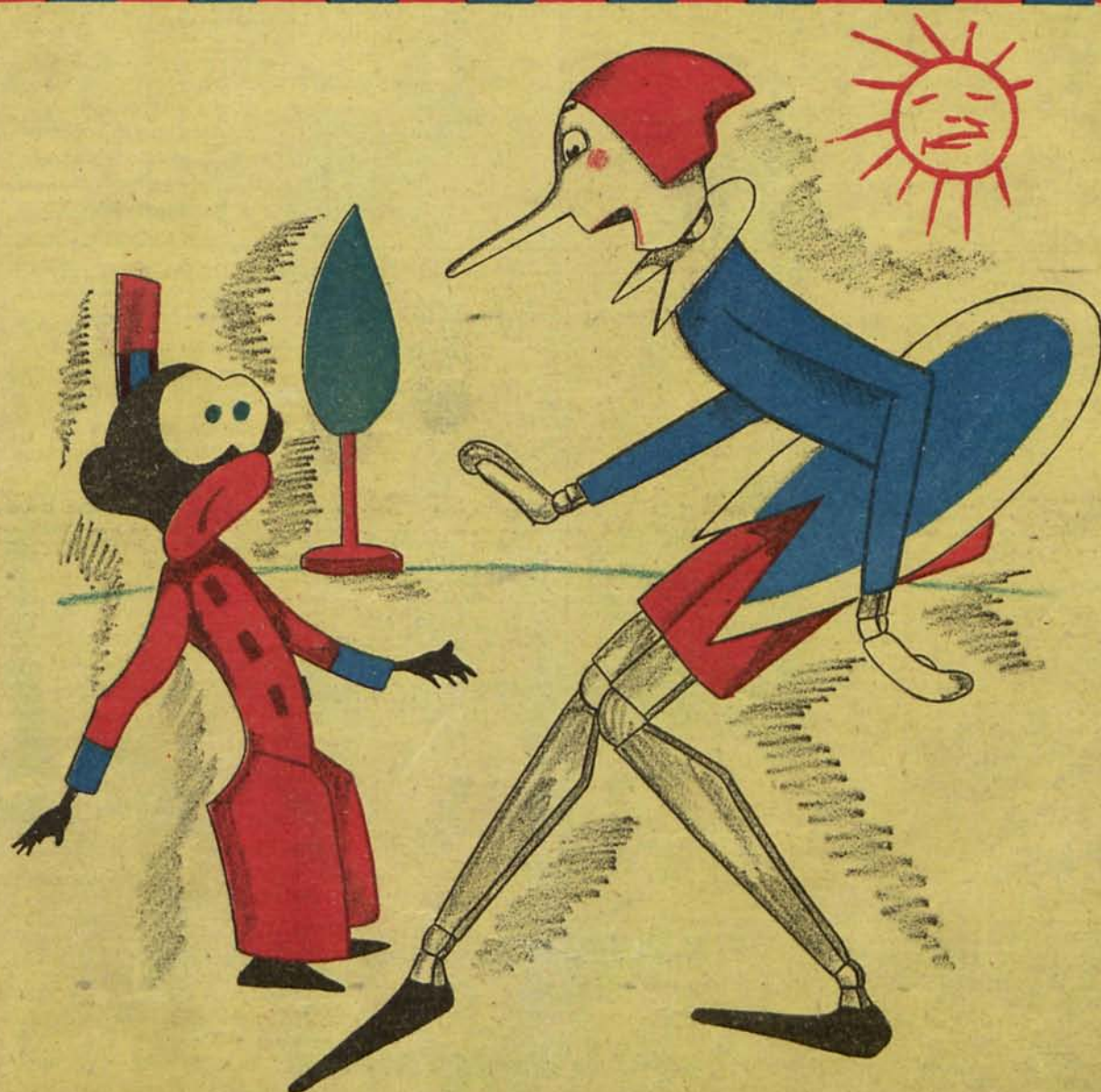


# PINOCHO

AÑO. III  
NUM. 132.

25 cts

28. AGOSTO  
1927



— ¡CURRINCHE, SE VE QUE TÚ NO HAS INVENTADO LA PÓLVORA!  
— ¡NO; YO DE INVENTAR ALGO HUBIERA INVENTADO EL POLVORÓN!



# PINOCHO



SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





# EN LOS ABISMO DEL OCEANO

## CIENTO POR CIENTO SARGA



N 1896 un profundo sobresalto había invadido a todos los ribereños de Cornwall que repercutió en toda Inglaterra.

Los pescadores que suministran semanalmente el pescado a los mercados de Liverpool y Dublín no se atrevían a abandonar las costas para lanzarse a alta mar, y ni siquiera los pequeños vaporcitos costeros hacían su servicio habitual. Una terrible noticia, bien pronto confirmada, había esparcido el espanto entre aquellos bravos marineros.

Una noche de niebla, una barca pescadora, tripulada por ocho hombres, todos pertenecientes al pueblecito de Richon, había entrado a toda prisa en la bahía tocando desesperadamente la campana de alarma y disparando el canoncito de señales para despertar a la población, que hacía ya varias horas se había retirado a sus casuchas.

Ante aquel insólito estruendo, todos los hombres útiles se vistieron apresuradamente, marchando a la playa con antorchas, linternas y cinturones de salvamento, creyendo que aquel barco, empujado por la corriente o engañado por la niebla, había embarrancado en la arena o se había estrellado contra la escollera.

Era, por el contrario, la barca de pesca de Juan Baret, que regresaba, cuando no tenía que hacerlo hasta el amanecer, con una buena carga de pescado, esperado en el mercado de Liverpool.

¿Qué motivo había obligado al precipitado regreso de Juan Baret, tenido por el pescador más atrevido y hasta el más afortunado de las costas de Cornwall? Esto era lo que se preguntaban con vivo estupor los pescadores, congregados ya en buen número en la playa.

Apenas Juan Baret hubo desembarcado, todos le rodearon, preguntándole animosamente.

—¿Qué te ha pasado, Juan?

—¿Hace agua tu barca?

—¿Has tropezado con algún escollo?

—¿Has encontrado unos náufragos?

El pescador tenía el rostro tan desencajado y lívido que parecía que iba a desmayarse de un momento a

otro y su gente no se encontraba en mejor estado. En sus caras leíase un terror indescriptible.

—Explícate, Juan —dijo el comandante del puerto, que no acertaba a comprender cómo un pescador tan audaz pudiese encontrarse preso de un terror tan grande.

—¡Un monstruo, señor comandante! ¡Un monstruo enorme! —contestó el pescador con voz entrecortada—. Hemos podido escapar, no sé cómo, a sus tentáculos cuando mi barca estaba a punto de ser arrastrada al fondo del Océano.

Muchas exclamaciones de incredulidad habían acogido de pronto la respuesta del pescador.

—¡No habrás tomado un montón de algas por una ballena?

—¡Habrás visto mal!

—Has querido asustarnos porque no has recogido pesca alguna.

El comandante del puerto, viejo hombre de mar que había visto más de un monstruo marino en sus largos viajes, intimó a todos al silencio con gesto imperativo y dijo a Juan Baret:

—Cuenta y no hagas caso a estos estúpidos.

—Habíamos echado las redes a siete millas de aquí, junto al banco de Rok, cuando en la obscuridad vimos salir de las profundidades del mar una masa enorme.

—¿Tenía la forma de una ballena?

—No, señor—, contestó

Baret—. Parecía más bien un monstruoso calamar y tenía unos brazos de muchos metros de longitud. Chocó violentamente con mi barca, haciéndola casi zozobrar; rompió todas las cuerdas de las redes, y en seguida alargó sus tentáculos, que se agarraron a la borda, imprimiéndole tal sacudida, que por un instante creí que la barca estuviese a punto de zozobrar. No sé por qué, el monstruo retiró de pronto sus brazos y se sumergió, levantando una enorme ola y una altísima columna de espuma.

Tal fué el relato del pescador, confirmado plenamente por toda su gente.

Las pruebas eran evidentes: todas las redes habían desaparecido, y, no obstante, nadie, excepción hecha quizá del comandante del puerto, hubiese antes prestado fe a aquel relato que, según el parecer de todos







tenía mucho de fantástico. Después nadie había vuelto a pensar en ello, y las barcas de pesca habían seguido yendo a alta mar, frecuentando el

banco de Rok, rico en pesca, y ocho días más tarde un hecho nuevo y más grave había producido una profunda consternación entre los ribereños. El vaporcito que hacía el servicio semanal entre Richon y Liverpool había entrado una mañana en el puerto a todo vapor, lanzando silbidos de alarma.

El capitán y los pasajeros habían contado que, al pasar cerca del banco, encontraron un monstruo que, por la descripción que hicieron, debía ser el mismo que había asaltado la barca de Juan Baret.

Aquel calamar gigantesco no se había contentado con tropezar violentamente con el vaporcito. Uno de sus tentáculos había agarrado el palo de trinquete, tronchándolo como si fuese un simple palito, desapareciendo en seguida, apestando el aire de un fuerte olor a almizcle.

No fué esto todo. Tres días después, una barca de pesca había encontrado el mismo monstruo, evitando solamente el ataque gracias a una pronta fuga. Como se puede imaginar, esos relatos habían sembrado una profunda alarma entre los pescadores de Cornwall, habiéndose levantado violentas reclamaciones pidiendo el auxilio de las autoridades, a fin de librar las aguas de aquel tremendo calamar, surgido, Dios sabe por qué causa, de las profundidades del mar.

El Gobierno inglés no había permanecido sordo al llamamiento de los pescadores. Un barco de guerra, potentemente armado, fué enviado a las aguas del banco de Rok, resultando vanas todas las pesquisas.

Evidentemente, el monstruo no tenía predilección por la superficie y prefería permanecer escondido bajo agua. Era preciso atacarle en su elemento, si se quería tranquilizar a los pescadores y reanudar las interrumpidas comunicaciones entre Liverpool y los puertos de Cornwall.

El difícil encargo de irle a buscar en los abismos del Atlántico fué confiado al capitán Suntson, uno de los más emprendedores y valerosos oficiales de la flota inglesa, que mandaba el submarino *Holland*, el primero construido hasta entonces.

El *Holland* era un barco submarino que pasaba por el más perfecto, por lo menos en aquel tiempo. Era un hermoso huso de acero, de quince metros de longitud,

con máquinas perfeccionadas, movidas por la electricidad, inventadas por un distinguido ingeniero americano; provisto de lentes a proa y popa, constituidas por cristales de varias pulgadas de espesor, y con un tubo de lanzamiento con el que se podía proyectar a un centenar de metros, y aun más lejos, un potente torpedo, destinado a hacer saltar las naves enemigas.

El capitán Suntson no había titubeado en aceptar el peligroso encargo de limpiar el Atlántico de aquel monstruo que constituía una continua amenaza para las barcos pesqueros y costeros.

Encerrado en su estuche de acero con sus cuatro hombres y su oficial, sentíase seguro de poderle desafiar impunemente y herirle de muerte con un buen torpedo.

Una hermosa mañana, el *Holland*, después de haber recibido todas las instrucciones, dejaba el puerto de Liverpool para marchar a Richon. Navegando casi siempre a flor de agua, llegaba allí dos días más tarde, sin haber encontrado en sus correrías al famoso monstruo. Toda la población del pequeño pueblo habíase reunido en la playa para recibir dignamente a los valientes que habían asumido aquella grave misión.

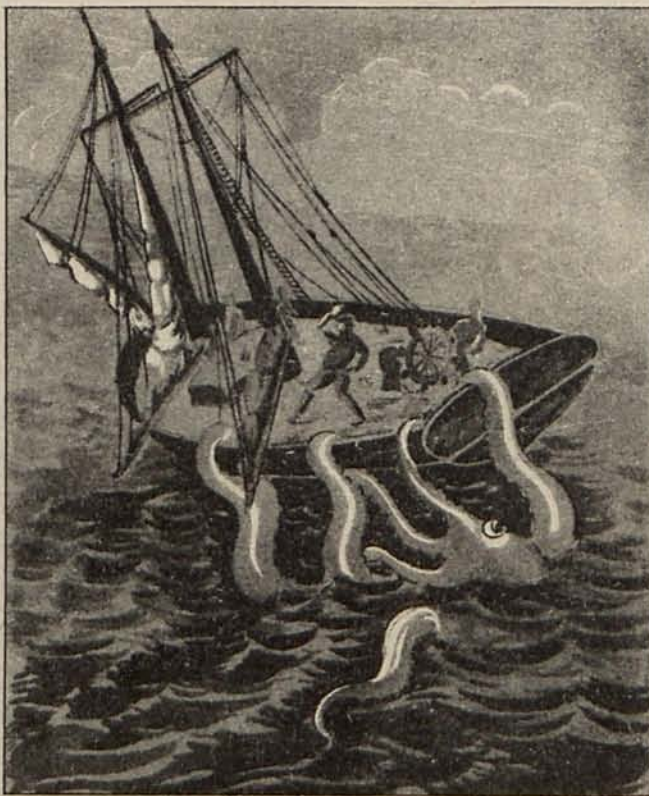
El capitán Suntson, después de haberse informado minuciosamente por los pescadores de las dimensiones del monstruo y de los parajes que frecuentaba, había marchado resueltamente a alta mar, llevando a bordo como piloto a Juan Baret, que había aceptado de buen grado el compartir los peligros de aquella audaz excursión por los abismos del Atlántico con tal de vengar-

se del susto que le había dado el monstruo.

El mar estaba tranquilísimo y muy transparente y prometía un feliz resultado.

El *Holland*, que maniobraba soberbiamente, encontróse pronto en las cercanías del banco de Rok, donde los exploradores suponían que se escondía aún el terrible calamar. El comandante y Juan Baret se habían colocado en la jaula central, una especie de caseta bastante saliente, provista en todo su alrededor de cristales de gran espesor, desde donde se podía distinguir claramente todo cuanto tenía lugar en el exterior.

—Ahora nos sumergiremos e iremos a explorar los abismos del Océano—dijo el comandante del submarino al pescador que guiaba la rueda del timón.



(Continuará en el número próximo.)



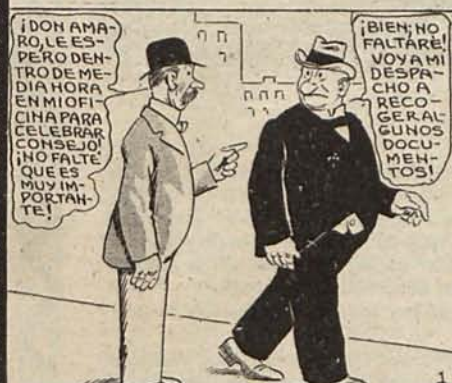
Historia de  
UN LUCIO MI-  
RAGUANO EN  
LA EDAD DE  
PIEDRAS



NO PASAR  
SIN PER-  
MISO DEL  
PORTERO

Copyright, 1933, by Star Company. Great British Rights Reserved.  
Registered, U. S. Patent Office.

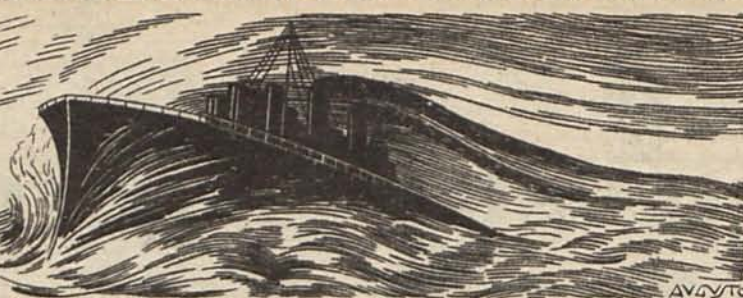
# DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO





# EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación)

La artillería de aquel acorazado me causó daños enormes. El *Crucero sin nombre* estaba perdido: no pudo resistir a la tempestad que le asaltó durante dos días seguidos, y se fué al fondo.

Miss Polly, el presidente, algunos marineros y yo fuimos recogidos por aquel falso velero que había hecho ya tan buenas pruebas contra el crucero enviado tras de mí a mi partida de Batavia, y que entonces cruzaba el mar por una ruta señalada por mí de antemano a su capitán.

Jaime Davy: yo soy culpable, lo reconozco; debí hacer más minuciosas indagaciones, asegurarme mejor de la legitimidad de mi venganza.

¡Pero pensad en la desesperación que me destrozaba el corazón, la ira que rugía en mi pecho al ver mi porvenir destrozado, mi honor manchado para siempre, mi felicidad perdida!

Estaba loco.

Ahora bien; si no puedo destruir el pasado, si no me es posible restituirlo lo que la muerte os ha quitado, Dios me ha concedido manera de pensar en el porvenir de vuestra hija.

A ella quité la fortuna que vos le estabais formando, a ella se la devuelvo centuplicada.

Ved aquel baúl: está lleno de piedras preciosas y barras de oro; la riqueza de un nabab, que yo he reunido. No temáis: no la baña una lágrima, ni una sola gota de sangre la mancha; su procedencia es honrada, pues fué sacada de minas desconocidas que a nadie pertenecían. No la rechacéis: una negativa me costaría la vida, y a vos os quedaría el remordimiento de haberme impedido expiar mis culpas y morir perdonado por los hombres y por Dios.

Alberto Wendover calló.

Había pronunciado las últimas palabras con tal sentimiento, que todos estaban emocionados.

Miss Polly y miss Ellen, estrechamente abrazadas, sofocaban a duras penas los sollozos; Mop y Patrick, palidísimos, tenían la vista clavada en el suelo; el presidente de los fenianos se peinaba nerviosamente la barba; Alberto fijaba su mirada suplicante en el capitán Davy, que se oprimía la cabeza entre las manos, como si fuese presa de una especie de pesadilla; Black, inmóvil, debía confesarse a sí mismo que espectáculo semejante no se había visto nunca.

Por fin, el capitán Davy se movió, levantó los ojos, púsose en pie, y, dando algunos pasos hacia Alberto Wendover, le dijo:

—Sí, habéis sido más desdichado que culpable; éste es mi perdón.

Y le tendió los brazos, entre los cuales se arrojó, llorando, el comandante del *Crucero sin nombre*.

Eran aquéllas las primeras lágrimas que vertía después de cinco años de profundo dolor; pero eran lágrimas de alegría.

Estamos en Londres. Han transcurrido algunos meses desde los sucesos que acabamos de referir. Es de noche; noche oscura, llena de niebla helada, que envuelve los edi-

ficios de la capital inglesa, haciéndoles semejantes a rostros téticos y recelosos, ocultos tras un denso velo.

El palacio de sir Groslow, uno de los más estimados *gentlemen* de la Banca, está en completo silencio y parecería abandonado si un hilito de luz no trascendiese al exterior por entre la hoja mal cerrada de una ventana.

Lo cual quiere decir que hay una habitación iluminada.

Entremos

La estancia es un despacho amueblado con esa suntuosa sencillez que demuestra que el propietario es persona de gusto refinado y rico.

En un ángulo se ve una caja de caudales a prueba de bomba y provista de complicadas cerraduras; a poca distancia hay un rico escritorio, sobre el cual está colocada una lámpara de plata cincelada, con pantalla verde, que esparce en derredor una luz dulce, que se esfuma hacia la mitad de la pared y el techo pintado a cuadros.

Dos divanes, varias sillas, estantes llenos de libros, cuadros bellísimos, trofeos y armas exóticas, especialmente orientales, completan el mobiliario.

Junto al escritorio, dos hombres hablan en voz demasiado baja para que nadie pueda oír lo que dicen, mientras se lanzan mutuamente miradas escrutadoras, quién sabe si de odio.

—Mister Flaxman—dijo de pronto uno de ellos, el más viejo—, lo que me pedís es imposible; aquel papel es la garantía de vuestra fidelidad a la Secta de los Estranguladores, y ni quiero ni debo devolvérselo.

—Pero escuchadme, sir Groslow—repuso el otro con acento entre rabioso y suplicante—. ¿No os he dado suficientes pruebas de mi devoción a la terrible Sociedad, de que vos sois aquí el jefe reconocido de los afiliados ingleses?

No basta; el propio interés me obliga a permanecer ligado a la Asociación de que soy miembro; sus negocios son los míos; sus ganancias, sus beneficios, enriquecen mi caja y acrecientan la importancia de mi nombre.

A ella, a vos más bien, debo mi fortuna, y sería un ingrato digno del terrible castigo que la Secta inflige a los traidores si pensase en retirarme.

Mas si aquel papel se extraviase por un motivo cualquiera, si cayese en manos de un extraño..., yo estaría perdido: consta en él mi doble delito, en él se halla mi firma, una firma que vale millones y que... me echaría a presidio.

Sir Groslow fijó su penetrante mirada en el miserable y sonrió levemente, encogiéndose de hombros.

—¿Extraviarse?—exclamó—. Estad tranquilo; eso no sucederá en tanto que yo sea el jefe de los ingleses afiliados a la Secta de los Estranguladores.

El ex cajero de la Casa Lobster se retorció las manos y se mordió los labios para no prorrumpir en imprecaciones.

—¡Tranquilo!—rugió—. ¡Me recomendáis que esté tranquilo!... Sir, desde el día que escribí y firmé ese maldito papel no he vuelto a tener un momento de verdadera tranquilidad; mi sueño, que jamás fué turbado por el remordimiento, fué desde entonces sin sosiego atormentado por la duda y el miedo. ¡Ah, sir Groslow, tened piedad de mí! Devolvedme ese papel, que, además, es una garantía supér-



flua, pues mis obras la hacen innecesaria, mientras que constituye un peligro constante, una terrible espada de Damocles suspendida sobre mi cabeza. Anoche me desperté aterrado, con la frente bañada en frío sudor, desconcertado; soñé que un ladrón había penetrado aquí había abierto vuestra caja de caudales, había tomado los valores y papeles más importantes y se había puesto en salvo. Pues bien; entre aquellos papeles se hallaba mi declaración, la veía perfectamente, y el bribón corría, corría... a entregarla al *Attorney* general.

Sir Groslow, en vez de conmovirse por el doloroso terror que se retrataba en el semblante de Flaxman, echóse a reír.

—Querido Flaxman—dijo luego—, tened la seguridad de que aunque un ladrón llegase a penetrar en este cuarto, abriese mi caja y se apoderase de la comprometedor declaración que vos firmasteis, no iría a depositarla sobre la mesa de un procurador de S. M., nuestra Graciosa Reina, a riesgo de verse envuelto en mil preguntas embarazosas, sino que iría a vos tranquilamente y os la presentaría, proponiendos un trato: cambiarla por una suma, variable según la astucia de tal tunante. Vaya, vaya, *mister*, estad tranquilo, os lo repito; vuestros temores son infundados, y para demostrároslo, mirad... vuestra declaración está allí, guardada en aquella caja de caudales que ningún ladrón, por hábil que fuese, sabría abrir; y de allí no saldrá nunca a no ser que vos queráis.

Y dichas estas palabras, que ocultaban una amenaza, sir Groslow tomó una campanilla de plata y llamó.

Apareció un criado.

—Acompañad a este señor—dijo, mirando a Flaxman de tal forma, que no admitía réplica.

El ex cajero comprendió que era inútil que intentase resistir y se levantó con la rabia en el corazón y un brillo siniestro en los ojos.

Miró al criado, que esperaba inmóvil, y sintióse sobresaltado.

—Sir Groslow—murmuró, acercándose vivamente al jefe de los estranguladores—, ¿habéis cambiado de servidumbre?

—No; únicamente he sustituido un criado que me robaba.

—¿Y ha sido sustituido por ese joven?

—En efecto.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Tres días.

—¿De qué modo le habéis conocido?

—Sabiendo que buscaba un nuevo criado, se presentó a mí con una esquila del presidente de los fenianos de Liverpool, antiguo amigo mío; me gustó su aspecto, y lo tomé.

—Es curioso.

—¿Por qué?

—Porque—dijo Flaxman, pensativo— su cara me recuerda la de un espía del Gobierno inglés que hice matar por un *thug*, en el templo subterráneo de Java, la noche de la asamblea.

Sir Groslow se encogió de hombros.

—Una simple semejanza—respondió—. Buenas noches, *mister* Flaxman.

El ex cajero hizo una reverencia, y salió.

Poco después, la estancia ocupada por sir Groslow quedaba a oscuras y en silencio.

Pasaron dos horas.

De pronto, la puerta de entrada del despacho que hemos descrito se abrió despacito y entró por ella un hombre sin producir el más leve ruido.

Este hombre era el criado que poco antes había acompañado a Flaxman.

Escuchó durante algunos momentos; no oyó nada.

Cerró sigilosamente todos los huecos, sacó del bolsillo una minúscula linterna sorda, abrióla, se acercó a la caja de caudales, y, sin examinar siquiera el mecanismo de la cerradura, como hombre que ya conoce el secreto tocó con mano segura algunas piezas, resortes ocultos, y el sólido cierre se

abrió silenciosamente. Montones de monedas de oro y de plata, fajos de billetes de banco de todos los valores, aparecieron ante sus ojos: había allí lo suficiente para hacer rico a un miserable.

El misterioso visitante ni siquiera se dignó mirar aquel deslumbrador tesoro, comenzando a buscar febrilmente entre algunos papeles escondidos en un rincón, encontró el que, sin duda, buscaba, se lo guardó en el seno, cerró nuevamente la caja de caudales, apagó la linterna y desapareció.

A la mañana siguiente, sir Groslow llamó en vano a su nuevo criado; no dió señales de vida.

El portero dijo que le había visto salir muy temprano, pero no hizo caso de ello; sir Groslow pensó en cualquier escapatoria de muchacho, y, como no tenía motivos para pensar que no volvería, no intentó buscar otro sirviente.

En vez del que esperaba, recibió una misteriosa carta que le dejó petrificado.

Estaba concebida en los siguientes términos:

«Flaxman, detenido, ha revelado todo, creyendo salvarse, o, por lo menos, atenuar su culpa. Huid inmediatamente.»

El jefe de los estranguladores no perdió tiempo; recogió todo el dinero que tenía, destruyó los documentos más comprometedores, tomó el primer tren y se puso en salvo, sin cuidarse siquiera de averiguar cómo, en tan breve espacio de tiempo, había podido suceder aquella catástrofe.

Pero tales averiguaciones hemos creído nosotros oportuno hacerlas, como narradores cumplidos y hemos llegado a saber que aquella misma mañana el *Attorney* general había recibido esta curiosísima carta:

«¿Conoce usted al que suscribe?»

Es Mop, el más hábil de los ladrones ingleses, convertido desde hace algunos años en hombre honrado por encontrar esta profesión bastante menos peligrosa que la antigua.

Mop, hombre honrado, se ha propuesto reparar en parte el mal hecho, ejecutando alguna buena acción, y ya que la casualidad y la Divina Providencia le han ofrecido una ocasión, ha puesto inmediatamente manos a la obra.

De seguro V. E. tendrá deseos de conocer los resultados de tal decisión, y Mop se apresura a satisfacer semejante deseo.

He aquí de qué se trata...

En este lugar le refería lo que los lectores ya conocen sobre la inocencia de Alberto Wendover y la culpabilidad de Flaxman.

Seguía después lo referente a la participación del ex cajero en la Secta de los Estranguladores, acompañado todo ello de nombres y datos tan precisos, que no era posible pensar en una broma o en que fuese la obra de un loco.

Luego continuaba la carta:

«Apenas supo Mop que en la caja de caudales de sir Groslow existía un escrito firmado por Flaxman en que éste se declaraba autor del robo de cien mil pesetas hecho al difunto *mister* Cyrus Lobster el 28 de Julio de 1880, y de la trama urdida contra Alberto Wendover, concibió el audaz propósito de apoderarse de tal documento para hacer entrega de él a la autoridad competente.

¿Qué hizo Mop para conseguirlo?

Una cosa sencillísima: entabló relaciones con un criado de sir Groslow, le indujo a hacerse despedir por su amo, a cambio de una buena recompensa; procuróse la recomendación de un amigo de sir Groslow, y entró como sirviente en su casa.

Como V. E. puede comprender, no le fué difícil espiar el secreto, descubrir el mecanismo de la caja de caudales y apoderarse del precioso papel que acompaña.»

Si el *Attorney* general tuvo dudas sobre la autenticidad de la historia narrada, un simple examen de la declaración de Flaxman, con el cual tenía amistad, le persuadió de la verdad y le descubrió el origen de la extraordinaria fortuna reunida por el antiguo cajero.

(Concluirá en el número próximo.)





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# POLITO EN LA CIUDAD DE ORO





# CUENTOS DE CALLEJA

## EL PASTOR DE LIEBRES

Castillo

**U**RASE un Rey muy poderoso, que tenía una hija linda y buena. Un día el Rey anunció que daría su hija por esposa a quien cogiese una manzana de oro que la hermosa Princesa arrojaría al aire, y después realizara tres empresas que él diría a cada pretendiente luego que hubiese podido coger la manzana de oro.

Muchos Príncipes ilustres llegaron de lejanas tierras como aspirantes a casarse con la hija del Rey. Y algunos cogieron la manzana de oro cuando la tiró al aire la Princesa; pero cuando el Rey les exponía las empresas que habían de acometer para lograr el triunfo, todos montaban a caballo y, saludando en silencio, volvían a su país descorazonados.

Un humilde pastor, joven apuesto, animoso y despejado, quiso probar suerte y se presentó al concurso.

En una hermosa y verde explanada del jardín del Rey tiró la Princesa al aire su manzana de oro. Tan fuerte la arrojó que se perdió de vista. Pero el pastorcillo tenía ojos de lince y pies de corzo. Corrió, corrió y cogió prestamente la manzana, que devolvió a la Princesa con alegre sonrisa y reverencia cortés.

El Rey dijo entonces:

—La primera empresa que has de acometer será reunir en mis montes reales doscientas liebres vivas; las tendrás tres días junto a ti y las traerás después a mi palacio.

El pastorcillo quedó un instante suspenso; pero era joven y animoso, y la hija del Rey era muy hermosa.

—Lo intentaré, señor —contestó dulcemente.

Y marchó a los montes reales lleno a la vez de inquietud y de esperanza.

Según andaba y andaba, le iba acometiendo el desaliento. La empresa que su entusiasmo le había hecho intentar era imposible.

Triste ya y desanimado, acababa de sentarse en una piedra cuando acertó a pasar junto a él una viejecita.

—¿Qué es eso? —le dijo—. ¿Estás triste? ¿Cómo es posible la tristeza a edad tan lozana?

—Fuera más viejo y no podría estar triste de mi tristeza —contestó el muchacho—. Porque hay que ser joven, muy joven para poder casarse con la hermosa hija del Rey.

Y contó a la viejecita lo que le sucedía.

Ella, entonces, sacando una flautita de su hato se la entregó y le dijo:

—Guárdala bien, que ella te ayudará.

Y desapareció rápidamente.

El pastorcillo examinó la flauta, que parecía de oro, e intentó hacerla sonar. Apenas había modulado las primeras notas cuando una liebre, y luego otra, y otra después, y, en fin, muchísimas, aparecieron rápidas y vinieron a echarse a los pies del pastorcillo. Las contó él y eran doscientas justas. ¡Qué alegría!

Corriendo se fué al palacio del Rey, y le dijo que ya tenía las doscientas liebres, y que a los tres días las traería vivas al Palacio.

El Rey se quedó asombrado; pero disimulando como pudo, le dijo:

—Bueno, ya veremos. Dentro de tres días te esperaré aquí.







El pastorcillo marchó al monte dando saltos de alegría. Apenas sacó su flauta, comenzó a tocar, y al punto, una, dos, tres, diez, veinte, cincuenta, cien, doscientas..., todas las liebres acudieron obedientes y, como la vez primera, se echaron sumisas a sus pies.

El Rey, entretanto, hablaba con la Reina.

—Hay que impedir —le decía— que un pobre pastorcillo se case con nuestra hija. Disfrázate de aldeana y vete al monte a descabalarle al pastor su rebaño de liebres. Así no ganará.

La Reina, bien disfrazada de aldeana, salió al monte y pronto encontró al pastor.

—Muchacho —le dijo—, ¿me vendes una liebre? A buen precio te la pagaré.

La Reina iba muy disfrazada; pero con la prisa de salir se había olvidado quitarse los chapines de oro. Y el pastor, fijándose bien, la reconoció.

—No las vendo, mujer; pero si os la daré si la ganais haciendo lo que os pida.

—Dilo pronto —dijo la Reina.

—Pues si queréis una liebre habéis de regalarme vuestro pañuelo y luego andar a gatas hasta que yo lo diga.

—Acepto —dijo la Reina, deseosa, ante todo, de lograr su propósito.

Y le dió su pañuelo y se puso en el suelo a gatas, mientras el pastor, riéndose para sus adentros, le decía:

—Tenéis que ir a gatas hasta aquel arbolillo. Luego os daré al punto la liebre.

Así lo hizo la Reina, y el pastor, cogiendo una de las liebres se la entregó como había prometido. La Reina la metió en una cesta que llevaba al brazo y se alejó. Pero cuando iba a desaparecer en una revuelta del camino, el pastorcillo sacó su flauta y comenzó a tocar. En el mismo instante la liebre pegó un salto y, saliéndose de la cesta, escapó a correr hacia el pastor sin que la Reina pudiese evitarlo.

A poco rato, un hombre montado en un burro llegó adonde estaba el pastor. El hombre iba vestido de aldeano, pero por un lado del sombrero se veía relucir una cosa, y el pastor comprendió que era el Rey, disfrazado, que debajo del sombrero llevaba su corona de oro.

—¿Me vendes una liebre, muchacho? —le dijo al pastorcillo.

—No se venden —contestó éste—; pero os la regalaré si hacéis lo que yo os pida.

—Dilo pronto —respondió el Rey.

—Quiero ese anillo de oro que lleváis, y además que le deis un abrazo y un beso en el hocico a vuestro burro.

El Rey puso mala cara. Pero como iba disfrazado y creía que nadie sabía quién era y además le interesaba mucho llevarse la liebre, dijo:

—Acepto. Toma el anillo.

Y bajándose del burro le dió un abrazo y le besó en el hocico.

El pastor le dió una liebre, y el Rey, metiéndola en un cesto que llevaba, emprendió la vuelta a su palacio. Pero cuando ya estaba cerca, vió de pronto que la liebre daba un gran salto y se escapaba a todo correr. Era que el pastorcillo había tocado su flauta.

El Rey, de muy mal humor, tuvo que resignarse. No podía volver a buscar la liebre porque tenía que estar en su palacio a aquella hora para recibir una embajada del Rey vecino, que le enviaba un gran regalo de tocino de cielo, de turrón y de diamantes azules.

Al día siguiente se cumplía el plazo señalado, y el pastorcillo entró en el palacio rodeado de sus doscientas liebres.

No faltaba ni una, y venían formadas como un regimiento, andando en dos patas y marcando el paso con las orejas todas a un tiempo.

Era precioso verlas entrar, y la Princesa no pudo menos de aplaudir entusiasmada.

(Continuará en el número próximo.)







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?  
—Hoy quiero saber, amigo buho, algo sobre la vida y costumbres de los topos. En una película he visto cosas admirables de estos animalitos.

—Sobre todo es maravillosa la habilidad que tienen para construir sus viviendas. Son, desde luego, unos consumados arquitectos.

—¿A qué familia del reino animal pertenecen?

—A la gran familia de los roedores; como el conejo, el ratón y el castor. El topo es un animal que pasa casi toda su vida comiendo o buscando alimento para los suyos. Dispone de un olfato sensible a los olores más imperceptibles, hasta el punto de que por él descubre los sitios en que hay enterradas raíces y los puntos donde se encuentra el agua.

—¿Pues no es inodora el agua?

—Completamente; pero la tierra mojada despidе un característico olor que es el que perciben desde lejos los topos. El sentido de la vista no lo tienen tan desarrollado como el del olfato. Están dotados de unos ojos muy pequeños, casi escondidos bajo la piel, lo que ha dado lugar al dicho popular de «eres más ciego que un topo».

—¿Pero es que no ven nada?

—Ven perfectamente todas las cosas, aunque estén en la oscuridad. El proverbio es exagerado. La Naturaleza, que tan sabia se muestra en todas sus manifestaciones, ha escondido los ojos del topo para protegerlos de la tierra y arena, entre la que casi siempre se halla este animal. De todas formas, hay que reconocer que no es la vista de los topos un sentido modelo de perfección.

—¿De qué se alimentan?

—Comen cortezas y raíces, pero prefieren los gusanos y las larvas. Por esta razón benefician mucho a la agricultura, a pesar del perjuicio que causan cuando construyen sus viviendas.

—¿Pues no las construyen en la tierra?

—Desde luego; pero una vez abierto el primer túnel subterráneo, no respetan nada de lo que encuentran a su paso y destruyen las plantas, cuyas raíces han tenido que destrozar por exigencias de la construcción. Las viviendas de los topos aparecen exteriormente como unos montículos de tierra de forma redonda que se llaman topineras. Estos montículos que protegen la entrada de dichas viviendas, se han formado con la tierra que el animal ha ido escarbando de abajo a arriba.

—¿Y son muy profundas estas viviendas?

—Más que profundas, son extensas. En relación con el tamaño del topo, su vivienda es un verdadero palacio. Consta de un amplio recinto que es como el *hall* de donde irradian una porción de túneles o pasillos, unos anchos y otros estrechos. Estos pasillos comunican con diversas habitaciones, una de las cuales destinan a sus pequeñuelos. Los pasillos tienen, por lo común, un recorrido enre-

vesado para despistar a los animales que los persiguen, y hay, en cambio, otros pasillos estrechos que conducen por el camino más corto hacia la salida. Estos atajos los utiliza el topo para huir en caso de peligro.

—Lo que demuestra que, además de hábil, es también astuto.

—Mucho. Y es maravillosa la habilidad con que construyen las bóvedas, pues a pesar de estar hechas con tierra o arena, no se hunden ni aun sufriendo los efectos de las lluvias.

—Si que es asombrosa esta habilidad, porque yo, querido buho, he intentado muchas veces hacer bóvedas con la arena de la playa y siempre se me han hundido, sobre todo cuando ha llegado una ola y la ha empapado de agua. ¿Cómo se las arreglan los topos para que a ellos no se les hunda?

—Tienen un instinto de construcción que les permite calcular exactamente el peso y la resistencia y no se equivocan nunca.

—Sería de fatales consecuencias para el topo el hundimiento de su vivienda, porque quedaría enterrado en ella.

—No lo creas. Los topos viven juntos, formando verdaderas ciudades, y se protegen mucho entre sí. Cuando ocurre un hundimiento, producido por algún fuerte temporal, acuden en seguida los demás individuos de la colonia, y escarbando la vivienda hundida salvan a sus habitantes y los trasladan a sitio seguro.

—Es un admirable ejemplo de mutua protección.

—Hay otro animalito, que es la musaraña, muy parecido al topo, y que también construye sus viviendas con habilidad y primor. Se diferencian de las del topo en que están más a flor de tierra, hasta el punto de que a veces se hunden bajo las pisadas del hombre. Tanto el topo como la musaraña se preocupan mucho de la pulcritud de sus casitas, y se pasan gran parte de su vida limpiando los pasillos de los yerbajos y brozas que el aire les echa dentro.

—Otra vivienda que también tengo ganas de conocer es la del castor.

—Es muy interesante, querido Chonón, y merece que otro día le dediquemos un rato de charla. Hoy se nos ha agotado el tiempo que Pinocho nos concede para hablar y hemos de dejar la conversación para otro día.

—Bueno, anota que has de hablarme de los castores; no se te vaya a olvidar.

—No te preocupes, que no se me olvidará. Ya sabes que tengo buena memoria.

—Un memorión, dirás. Parece mentira que en una cabecita tan pequeña quepa el recuerdo de tantas cosas.

—No te extrañe; También Tin y Ton son bien pequeños y, sin embargo, sus travesuras son enormes, enormísimas, incommensurables.

—Tienes razón.

## Cuarto Gran Sorteo de Regalos para todos los Pinochistas

Pueden tomar parte en este sorteo no sólo los suscritores, sino **todos los lectores de PINOCHO**. Los premios, como siempre magníficos, serán los siguientes:

- 1.º Un auto Citroen igual que los anteriormente sorteados.
- 2.º Una estupenda bicicleta.
- 3.º Doscientas pesetas en dinero.
- 4.º Un baúl «trousseau» de muñeca.
- 5.º Cien pesetas en dinero.

Para tomar parte en este sorteo habrá que reunir todos los cupones que publicaremos correlativamente hasta el último número de Setiembre de 1927. En dicho número se publicará una plantilla, en la cual habrán de pegarse todos los cupones publicados y remitirnoslos en la forma que entonces explicaremos. Por cada cupón que falte habrá que pagar un real, de modo que tened buen cuidado y guardadlos bien para que no falte ninguno al final.

Cada Pinochista tendrá que escoger su número, y los cinco Pinochistas que escojan números más aproximados a los cinco primeros de la **Lotería de Navidad**, serán los que obtengan los cinco premios de nuestro **CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS**.

Los demás detalles serán publicados oportunamente.

**PINOCHO**

SORTEO DE REGALOS  
DE NAVIDAD DE 1927

CUPÓN N.º **12**



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Ocho son los errores que hay en este dibujo, que, como veis, representa una pescadería. Uno de ellos, por ejemplo, es que al cuadro en donde hay dibujado un besugo le falta un lado del cordón para colgar. ¿Cuáles son los otros siete?

## PROBLEMA



La señora pregunta a la cocinera: «¿Cuánto ha gastado usted en la compra y cuánto dinero le queda?» Y la cocinera responde: «Pues verá: ahora tengo la misma cantidad de céntimos que antes tenía de pesetas, y tengo de pesetas la mitad de la cantidad que antes tenía de céntimos.» ¿Con cuánto dinero salió a la plaza y cuánto le quedó?

**CUPÓN** DE SOLUCIONES DEL MES DE AGOSTO 132

Envío del Pinochista D \_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

## ROMPECABEZAS

A	B	C	D	E	F
A	B	C	D	E	F
A	B	C	D	E	F
A	B	C	D	E	F
A	B	C	D	E	F
A	B	C	D	E	F

Aquí tenéis un cuadrado con 36 cuadrillos y en cada cuadrillo una letra. Pues bien; se trata de colocar el mayor número posible de letras, de forma que no haya ninguna repetida, ni en sentido vertical, ni horizontal, ni oblicuo. Esto no quiere decir que pongáis todas las letras que os doy, no. Solo las que podáis; pero el que más coloque, aquel será el que gane.



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE AGOSTO

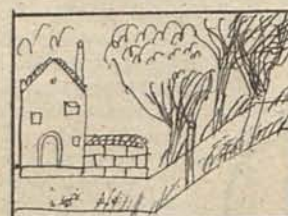
=====  
 Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.  
 =====



Curriche, por  
 ENRIQUE RODRÍGUEZ.  
 Nueve años.



Cabeza de uno de los caballos de  
 Selena (Partenón).  
 RAFAELITO MUÑOZ NAVAS.



Faisaje.  
 A. MONDEJAR.  
 Nueve años.



¡Vaya un portero!  
 MARÍA SALOMÉ BALDA-  
 SANO.  
 Catorce años.



Un bonito ejemplar.  
 LUIS F. VILLAVERDE.  
 Catorce años.



Un autobús.  
 PEPE S. DEL  
 VALLADO.  
 Nueve años.

**Historia de mi perrito.**  
 Un día bajaba por mi acera un perro medio ahogado, y nosotros le cogimos y le hicimos echar toda el agua que había tragado. A las pocas horas jugaba con nosotros y galopaba como un potro. Luego le puse por nombre Moisés, porque fué sacado de las aguas como el legislador de Israel.

ELOY GUERRA.  
 Ocho años. Zaragoza.

### CHISTES

Un visitante muy pesado, que fué a una casa con la idea de quedarse a comer, le preguntó al hijo de la dueña:  
 —¡Oye, niño! ¿A qué hora coméis vosotros?

A lo cual contestó el niño con toda la flemma:

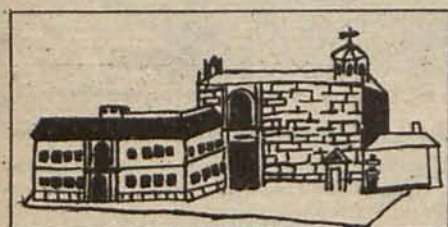
—¡Cuando usted se haya marchado!  
 FRANCISCO DEVESA.  
 Doce años. Barcelona.



El Plus Ultra.  
 JULIÁN ORDEN.



Hermosa pieza de caza.  
 VÍCTOR FERNÁNDEZ.



Hospicio de Vitoria.  
 LUIS GUERRERO.  
 Nueve años.

¿A qué ciudad italiana la dejamos llena de pena si le quitamos una sola letra?

Solución: Trieste.

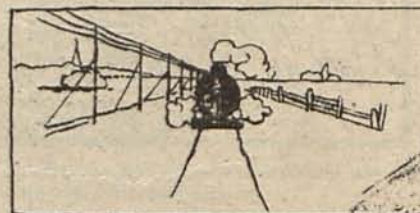
—¿Por qué lloras? —preguntaba un bondadoso señor a Pedrito.

—Porque mi mamá me ha pegado.

—¿Y por qué te ha pegado?

—Por hacer lo que usted, meterme en lo que no me importa.

JOAQUÍN ZUGAZTI.  
 Doce años. Buenos Aires.



El tren de Pinocho.  
 ÁNGEL LABORDA.  
 Siete años.



Jugando con su amiguito.  
 SIMÓN SERRANO.



La mujer de don Chapete  
 sentada en su taburete.  
 EUGENIA PEREIRA.  
 Seis años.



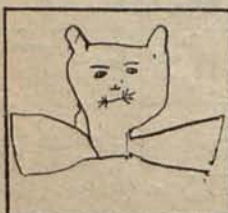
Pinocho desafía a Chapete.  
 RAFAEL ESTÉBANEZ.  
 Once años.



Curriche de gala.  
 LUIS GARCÍA DE MARCO.  
 Diez años.



Don Turu y Currin-  
 che.  
 A. MOLINA.  
 Trece años.

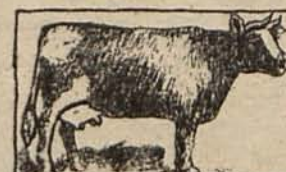


Mi gatito.  
 MARÍA BALDASANO.  
 Cinco años.



Personajes de PINOCHO.

VICTORIA TACÓN.—Diez años.



Una vaquita.  
 PETRA L. NAVARRO.



# VIDA PINOCHISTA

El afortunado pinochista de Cáceres, Juan Osuna de Sola, a quien ha correspondido el PRIMER PREMIO DEL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS, consistente en una ESTUPENDÍSIMA BICICLETA



El pinochista de Madrid, Carlos Soto Candelas, tan afortunado como el anterior, pues le ha correspondido el SEGUNDO PREMIO DEL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS, consistente en una MAGNÍFICA CAJA DE SOLDADOS, conteniendo 268 piezas.



## CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

**Celia Cortés Rivas.**—Siento muchísimo, queridísima Celia, no poder admitir trabajos sin cupón. En todos los números verás este cupón en la Sección de Colaboración Pinochista. ¿Cómo dices que no lo has visto? Repasa bien la revista y verás cómo no falta. Espero tus trabajos, que serán tan lindos como tu letra. Un abrazo muy apretado.

**Irene Silvestre.**—Tu dibujo es un verdadero primor. Si así es el primero, ¿cómo van a ser los que me envíes en lo sucesivo! Eres una pinochista de buena ley. Linda, inteligente y artista. Abrazos de Pirula, Laura, Morronguis, etc., etc.

**Nemesio Quintana.**—Ya está esperando turno para publicarse el magnífico trabajo que me envías. Apretadísimos abrazos.

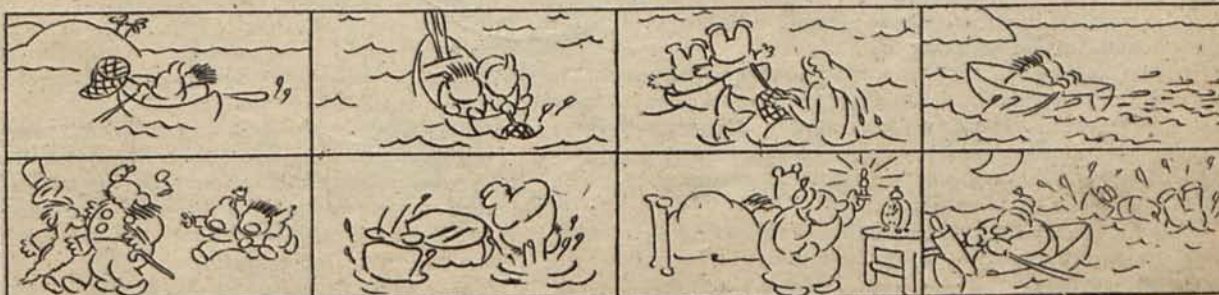
**Mercedes Cuenca.**—He entregado a Pirula tu linda cartita, en la que le preguntas una receta para hacer horchata de chufas. Ella me lo ha explicado, y es cosa tan sencilla, que está al alcance de cualquiera. Se ponen las

chufas a remojo durante una noche, se machacan bien y se mezclan con agua azucarada (dulce a gusto del consumidor), se pasa el jugo por un colador, se hiela en una heladora y se sirve. ¿Ves qué fácil? ¡Buen provechito! Tuyo incondicional.

**Manuel Martínez Alcolea.**—He recibido tu numeroso envío de cosas, y, efectivamente, he de felicitarte por la originalidad del procedimiento de las soluciones. De los dibujos, todos son admirables, verdaderamente admirables. Para el envío de soluciones tienes un plazo de tres meses, y desde luego, pueden también enviarnos esos amiguitos de que me hablas, aunque no sean suscritores; pero han de venir acompañadas de su correspondiente cupón. Mi enhorabuena por tu originalidad, tu inteligencia y tu arte. Siempre tuyo.

**Alberto Toribio.**—He de felicitarte por el extraordinario acierto de tus magníficos dibujos. Son, sencillamente, admirables. Espero nuevas cosas tuyas para ir las publicando a su tiempo en mi revista. Eres un consumado artista, queridísimo Alberto. Abrazos muy fuertes de tu gran amigo.

¿QUÉ PINOCHISTA QUIERE DIBUJAR LAS CARAS DE LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIETA?





# Sección Pirula

## MARI-CHORLITO



¡Pero qué bien le va a mi amiguita María el nombre que le han puesto sus hermanos: Mari-Chorlito!

(Y puede que ningún verdadero

chorlito, esos pajarillos de color verdoso, con pintas doradas y blancas, de patas largas y pico fino, sea tan distraído, tan atolondrado y tenga una cabeza tan «de chorlito» como la propia María.)

Cierto que no tiene ella la culpa de sus continuas distracciones; sin embargo, si se empeñase de veras en prestar atención a lo que hace, puede que se corrigiera algo; pero ¡qué, si basta que esté haciendo una cosa para que se dedique al mismo tiempo a pensar en otra completamente distinta!

Vedla; a punto de salir de paseo, busca con gran afán su sombrero por toda la casa, y murmura:

«Tengo un sistema estupendo para que no me coja jugando a la gallina ciega. (Pero ¿dónde estará mi sombrero?) Me lo ha enseñado Charo. (Si parece que se ha volado; claro, ¡como tiene las alas tan grandes!) Yo le he prometido el secreto. (Pues señor, no lo encuentro.) Y es que Charo, en esto de los juegos es «una as»; el otro día...

Y sigue el monólogo; y así, ¿cómo va a enterarse la pobre Mari-Chorlito de que el sombrero desaparecido se halla sobre... su propia cabeza?

Veinte veces al día busca la pluma o la pelota, que tiene en la mano, o el par de medias que se acaba de quitar y que se ha vuelto a poner (impensadamente, como lo hace todo) por encima del par limpio. Y siendo aplicada y estu-  
diosa, todo lo olvida, todo lo confunde, todo lo traba, y contesta en clase tales disparates como que Alfonso XI era el padre de Alfonso XII, o que un kilo de plomo pesa más que un kilo de pluma.

Cierto que este defecto de la distracción lo han tenido los mayores genios del mundo. ¿Pero acaso no tenían ellos la disculpa de estar siempre pensando en cosas grandes y profundas?

Un ejemplo de distracción de grande hombre es el caso que cuentan de Pasteur, que un día...

(No os digo quién era Pasteur porque estáis hartos de saber que aquel eminente sabio francés, que murió a últimos del siglo pasado, fué uno de los mayores bienhechores de la humanidad, puesto que él descubrió que muchas enfermedades son debidas a microbios e inventó el tratamiento de la rabia, que antes era incurable.)

...Un día se hallaba Pasteur invitado a almorzar en casa de unos amigos suyos; a los postres se sirvió un frutero lleno de hermosas cerezas y Pasteur pidió un vaso con agua, en el cual fué lavando cada una de las rojas frutitas, con tal esme-

mero que los demás comensales no pudieron menos de sonreírse.

«No se rían ustedes —dijo Pasteur— del cuidado con que lavo las cerezas; es una precaución indispensable, pues una enfermedad de impurezas y microbios dañinos cubren cada fruta.» Y seguidamente dió una extensa conferencia sobre el tema, demostrando que el agua en que acababa de lavar las cerezas quedaba convertida en un vivero de gérmenes de enfermedades. Terminada su disertación, Pasteur se sintió la boca seca; quiso beber y, equivocándose de vaso, en una de sus habituales distracciones,apuró de un trago... el agua en que había lavado la fruta.

No tienen los sabios ni las niñas alocadas el monopolio del atolondramiento; cuéntase de un célebre hombre de Estado inglés la siguiente anécdota: El tal ministro conoció un día en una fiesta mundana a un diputado que solicitó de él una audiencia; se la concedió para el día siguiente a las cinco en punto. A la hora indicada llega el diputado al ministerio y se encuentra con que el ministro ha salido.

—¡Pero si tengo audiencia de su excelencia! —exclama.

—Es que su excelencia —contestan los ujieres— está invitado a tomar el té con su majestad.

—¡Ah!, entonces, ¡claro!

El diputado se retira y a los pocos días se encuentra con el ministro en una comida y éste le pregunta:

—¿Cómo no acudió usted a mi audiencia?

—¡Ya lo creo que acudí! —protesta el diputado—; pero vuestro excelencia había salido.

—¡Hombre!, se conoce que se me olvidó la cita. Pues nada, venga usted a verme mañana a la misma hora.

Al día siguiente nueva visita del diputado al ministro y nuevo chasco. «Su excelencia se halla en el palacio real merendando con su majestad.»

Esta vez el diputado se marcha enfadadísimo y desiste de la audiencia.

Transcurren varios meses y un día vuelven a encontrarse el ministro y el diputado.

—Quisiera saber —dice el diputado— por qué motivo vuestra excelencia concede audiencias a la hora en que se ausenta para tomar el té con el Rey.

—¡Cómo! ¿Que yo tomo el té a las cinco?

Y entonces el político se golpeó violentamente la cabeza: —¡Caramba! —exclamó—, qué distraído soy; se me olvidó decirle que la audiencia era para las cinco... de la mañana.

Y ahora resulta que también se me olvidaba hablaros de los grabados que ilustran esta página. Se trata de un dibujo de rosa que, reproducido en seda o en algodón de bordar fino, a punto de Richelieu, adornan delicadamente el vestido de crespón de China «de mucho vestir».

La rosa puede bordarse en rosa pálido, sobre crespón azul o viceversa, con lo cual se obtiene un efecto ideal; por mi parte, prefiero otra combinación: sobre un fondo de crespón de China «pétalo de rosa», la flor bordada en negro, en azul marino o en color café. El resultado me parece así mucho más distinguido y de mejor gusto.

Como parte del bordado queda calado, conviene llevar un viso de idéntico color que el vestido.

